

—¡Bothvel es inocente del crimen que le imputais! exclamó María; es mi marido tambien ante Dios y los hombres, y no romperé el lazo que me une á él.

—¿Persistís en mirarle como vuestro esposo?

—¡Mil veces sí! ¡Y vosotros le aceptareis como rey de Escocia!

Una amarga sonrisa, más elocuente que la más positiva negacion, entreabrió los labios de los señores confederados.

—¡Eso jamás! dijo Lord Hume: Escocia rehusa no sólo el que ese hombre se siente en el trono de sus reyes, sino tambien el darle asilo: no podrá dormir una sola noche bajo techo escocés, y él lo sabe bien, cuando ha huido.

—¡Ha huido! exclamó espantada la reina.

Ha vuelto ha refugiarse en Dumbar despues de su derrota: con la poca gente que le quedaba se ha apoderado de algunos buques, y se ha dado á la vela para las Orcadas.

—¡Gran Dios! exclamó María palideciendo; ¿cómo me abandona?

—Por completo: olvidadle para siempre.

—¡Jamás! exclamó la reina: no os creo; pero aunque dijérais verdad, yo no le imitaría; yo le amo.

—Y yo os digo, señora, repuso Lord Hume, que me duele profundamente vuestra ceguedad: estais cautiva, y será difícil que recobréis vuestra

libertad obstinándoos así en unir á vuestro destino al matador de vuestro esposo, á un asesino, á un aventurero: creedme; el interés de los escoceses es el mismo que el de su reina: asegurándoos el trono nos ponemos al abrigo de la dominacion extranjera y del yugo que nos quieren imponer los ingleses; pero ese miserable aventurero no puede ser nuestro rey.

—Y bien, milord, dijo la reina con voz trémula de indignacion; yo os declaro que, prefiero la suerte más desgraciada al lado de mi esposo, á la más brillante prosperidad sin su compañía; sabedlo, y decidlo así á todos.

Lord Hume se inclinó friamente delante de la reina y salió de la estancia, y poco despues del castillo.

XXVII.

El conde de Bothvel se despidió para siempre de su patria; ningun amor la tenía; no había conocido en ella sino muy pocas horas dichosas, y le pareció que respiraba con libertad cuando, á bordo de un arrogante navío, se dió á la vela para las Orcadas.

Pocos meses despues se hablaba de un pirata jóven y hermoso, que inspiraba á los cruceros un

profundo terror; se apoderaba fácilmente de las embarcaciones, y cargando la riqueza que llevaban á bordo, daba libertad á la gente que las tripulaba.

Durante algunos años se procuró dar caza al pirata; mas siempre burlaba las asechanzas que se le tendían.

Una vez se halló tan cerca de ser apresado, que hubo de huir á Dinamarca, donde creyó hallar seguridad; pero, vendido por los mismos que debían ocultarle, fué encerrado en una prision, cargado de hierro y sometido á los más duros tratamientos.

Aquella ardorosa naturaleza no pudo resistir la carencia de aire y de libertad; acometióle una terrible fiebre, que no quisieron curar; tendido en la paja de su calabozo, el desgraciado aventurero maldijo mil veces la hora en que había aspirado al amor de su reina, cuando podía haber vivido dichoso en el seno de la tranquilidad y rodeado de su familia; la falta de cuidados y de asistencia hizo de aquel delirio el estado habitual del desdichado; no volvió á recobrar la razon.

María no volvió á saber más de él, y el desdichado Bothvel murió despues de diez años de prision.

Tal fué el fin del último esposo de la reina de Escocia, que parecía dar la desdicha con su amor.

Entretanto, la reina permanecía en el castillo de Lochlerin, sufriendo los mas crueles tratamien-

tos de parte de Lady Murray; no tenía para su servicio más que á dos damas, y así ella como estas dos fieles servidoras, carecían de toda comodidad; las luces y el abrigo eran escasos; el alimento malísimo; el castillo era de tal modo triste, que la reina se sentía presa de la más amarga melancolía, los dias pasaban para ella negros, iguales, monótonos, y entonces, más que nunca, lloraba el hermoso reino de Francia que había perdido para siempre.

Isabel de Inglaterra, que expiaba su presa, creyó llegado el instante de lanzarse sobre ella; aparentó compadecerse de la suerte de María, y envió á Escocia á Sir Nicolás Trocmonton con título de embajador, y como mediador entre la reina de Escocia y los nobles escoceses confederados.

Este personaje estaba encargado de convencer á María de que debía renunciar á toda idea de venganza y de que debía enviar á su hijo á Inglaterra, donde nada tendría que temer de los revoltosos de Escocia; al mismo tiempo llevaba la orden de expresar á los confederados que, la soberana de Inglaterra creía su rebelion indigna y contraria á todas las leyes de la fidelidad y del vasallaje, á pesar de los desmanes y locuras de la reina de Escocia. Isabel les pedía la libertad de María, ofreciéndoles, en cambio, corregir las perversas costumbres de aquélla, y velar por la suerte del jóven príncipe de Escocia, proponiéndoles, en fin, varios artículos con la aparente intencion de procurar la paz.

Los confederados tuvieron muchas y largas entrevistas con el embajador de Inglaterra; pero no le permitieron que viese á María; dos de ellos, Lord Lindsey y Lord Roberto Meneville, se encargaron de tratar con ella y le llevaron tres actas para que las firmase.

Cuando llegaron era un día nebuloso y triste; el cielo estaba cubierto de un gris plomizo; la nieve empezaba á caer; el castillo de Lochlerin parecía envuelto en un velo fúnebre; María, sola en su oratorio, recostada en un alto sillón, estaba sumergida en una tristeza profunda; apoyaba su blanca mejilla en la palma de su mano diáfana, delgada y surcada de venas azules; de cuando en cuando una lágrima se escapaba de sus ojos; ¡pensaba en Francia! ¡Cuán desdichada era desde que había vuelto á su patria! ¡Cuántos dolores había sufrido! En vano había buscado el amor verdadero; el amor había huido de ella como humo vano; Darnley, débil y cruel; Bothwell, ambicioso, apasionado é inconstante, habían destrozado uno despues de otro su corazón; sólo dos hombres la habían amado: el rey de Francia y el pobre músico; ambos significaban los dos extremos de la gerarquía social, y en ellos solamente había hallado el amor verdadero y profundo.

Ya no esperaba hallarlo de nuevo, ni lo deseaba tampoco; su corazón, fatigado de sufrir, anhelaba la calma; si hubiera podido volver á sentarse en el

trono de sus padres, se hubiera dedicado sólo á su hijo; á lo ménos, así lo deseaba entonces, y aquella era su mayor ambición.

Sumergida se hallaba en aquellos pensamientos cuando entró una de sus damas y le dijo que dos caballeros escoceses deseaban hablarla.

—¡Que entren! exclamó María, cuyo corazón palpitaba aceleradamente; ¡cualquiera mudanza será para mí dichosa!

Un instante despues los enviados de los rebeldes se hallaban en su presencia.

—¿Qué me queréis, señores? preguntó la reina alzando su dulce y melancólico semblante; ¿estoy ya libre? ¿Juzgáis haberme castigado bastante?

—Señora, dijo Lord Meneville; V. M. será libre en el instante en que firme estas actas.

Y el caballero extendió los pergaminos delante de la reina, que los miró con sorpresa.

—¡Qué ve! exclamó María; ¿son tres nada ménos los documentos que queréis que firme?

—Sí, señora; léalos V. M.

—Sea lo que quiera, rehusó firmarlos.

—Entonces, seguireis prisionera aquí durante el resto de vuestra vida.

—¡Oh, Dios! exclamó María anegada en llanto; ¿no hay, pues, en toda Escocia unos pocos vasallos fieles que quieran libertar á su reina? ¿Tan ingrata, tan cruel he sido para ellos?

El caballero se encogió de hombros.

—Firme V. M. estas actas y es libre, dijo Lord Lindsey; de seguir aquí, no respondemos de su vida.

—¿Quién se atreverá á atentar á ella? exclamó la reina; ¡yo soy la reina de Escocia, hija de aquel buen rey Jacobo V, de aquella generosa María de Lorena que tanto han hecho por la felicidad de este pueblo ingrato! Señores, ¡dadme la libertad! ¡Volvedme al lado de mi hijo, ó algun dia pagareis con la vida vuestra violencia!

María, al hablar así, estaba verdaderamente hermosa: un vivo sonrosado coloreaba sus blancas mejillas; brillaban su grandes y hermosos ojos azules; apoyada en el respaldo de su sillón, pues se había puesto de pie, su estatura parecía haber crecido y ser mucho más elevada: su pecho palpitaba de una manera visible; pero, ni su belleza ni su dolor, conmovieron á aquellos severos ancianos, jueces de todos los extravíos del corazón de la reina, y que en su riguroso juicio olvidaban todas las bellas y generosas prendas de aquel mismo corazón.

—Señora, dijo Lord Meneville: la severa nación escocesa, que amaba y respetaba á los augustos padres de V. M. por sus virtudes, no admite hoy el gobierno de V. M. sino de mala voluntad; vuestra conducta ligera y vuestro loco amor á un aventurero indigno de vos, os han enagenado el afecto de vuestros súbditos: ya lo veis; en el largo tiempo que hace dura vuestro cautiverio, ni una voz se ha

levantado pidiendo la libertad de V. M.: creednos, firmad estas actas.

—¡Traedlas! exclamó María, secando con fiereza las lágrimas que surcaban su rostro: mi cautividad las hace ilegales; quiero salir de aquí á toda costa.

Y sin leerlas, con una imprudencia sin ejemplo, firmó las tres actas.

Los dos señores se miraron con expresión triunfante: recogieron los pergaminos y salieron de la cámara.

XXVIII.

La desventurada María Estuardo había firmado su ruina: la primera acta contenía su abdicación; por la segunda nombraba á Murray agente de Isabel, regente del reino: por la tercera, se establecía un consejo que administrase hasta la llegada del regente.

Al día siguiente de firmadas las actas se proclamó al príncipe real de Escocia con el nombre de Jacobo VI.

María no tenía ya reino; el rey, su hijo, contaba cuatro años solamente.

Seis días después de la proclamación se le coronó en Sterling, para cuya ceremonia llegó ya el

regente Murray, instrumento vil de la perversa Isabel.

Entretanto María siguió prisionera en el mismo sombrío castillo, propiedad del regente, y bajo la vigilancia de su cruel madre: Murray la visitó, la habló duramente y la recordó que había querido casarse con ella cuando llegó de Francia, y que ella lo había rehusado.

—Ya veis, le dijo, que á pesar de vuestra negativa tengo ahora en mi mano, no sólo vuestra suerte sino tambien la de la nacion.

—Vos no sois ni siquiera vasallo mio, exclamó la reina con indignacion, ni por tal os quiero: si me dejárais mostrar una sola vez al pueblo, todos quedaríais castigados como mereceis y mi mano empuñaría de nuevo las riendas del Estado.

Sin embargo, ni una sola voz se levantó para pedir la libertad de la reina: la nacion estaba profundamente disgustada de sus extravíos, de su indiferencia por el gobierno, de su descuido en los negocios; y, sobre todo, temía que, una vez dueña de su voluntad, llamase á compartir el trono con ella al pirata terror de las costas de Noruega y Dinamarca.

El regente convocó el Parlamento, y la desgraciada María fué declarada cómplice en el asesinato de su esposo: la Cámara ratificó su abdicacion y reconoció por rey á Jacobo VI, hijo del príncipe Enrique Darnley, y por regente á Murray.

No obstante, si los aliados enemigos de Bothwell aceptaban la regencia de un inglés antes que el gobierno del que había asesinado al príncipe consorte, el pueblo empezaba á murmurar de la larga cautividad de la reina y del trato cruel que se le hacía experimentar: cualesquiera que hubiesen sido sus debilidades, las creían ya bien expiadas. María era tan hermosa, que cada uno de sus vasallos la amaba con más ternura que respeto: aquella jóven de veinte y siete años, madre sin hijo, esposa sin esposo, les causaba una conmiseracion profunda: algunos de los principales señores se adhirieron al espíritu del pueblo: la misma reina escribió á Lord Jorge Douglas, y éste consintió en ayudarla á salir de su prision.

En efecto; una noche, María, escoltada por un corto número de valientes caballeros, tomó el camino de Hamilton: multitud de los mismos se fué agregando á su séquito, y en pocos días la reina se halló, como por encanto, á la cabeza de ocho mil guerreros adictos y valerosos.

XXIX.

En el momento en que la reina de Inglaterra supo la evasion de María, siempre fiel á su plan de astuta política, le envió otro embajador para

que la ofreciese su mediacion y sus socorros: de este modo pensaba evitar, y así era en efecto, el que María llamase en su auxilio las tropas francesas: pidió además á la reina de Escocia que la eligiese por árbitro entre ella y sus vasallos: María tuvo la debilidad de creerla, é Isabel, comunicándose secretamente con su aliado Murray, regente de Escocia, ordenó á éste que reuniese tropas y aceptase la batalla que no dudaba le ofrecerían las tropas de la fugitiva.

Así fué en efecto: la imprudente María cayó en el lazo: en vez de buscar asilo y apoyo en Francia para conquistar su reino, dió una batalla á los rebeldes; sus tropas fueron derrotadas en Glasgow, y ella, obligada á huir del campo de batalla, llegó casi sola á las fronteras de Inglaterra.

Asustada, angustiada, creyó que ya la sería imposible permanecer en Escocia, y miró tambien con terror la idea de refugiarse en Francia; la desdichada recordaba las persecuciones que había sufrido allí por parte de la reina Catalina; los últimos actos de generosidad y de benevolencia hacia ella de su ambiciosa prima la engañaron por completo; creyó en la lealtad de Isabel y resolvió ponerse bajo su amparo: así va el inocente corderillo bajo el cuchillo del matador, engañado por sus falsos halagos.

Embarcóse en la lancha de un pescador el 16 de Mayo de 1568 y arribó al Cumberland, desde don-

de despachó un correo á Lóndres, noticiando á Isabel su llegada y pidiéndole una entrevista.

—Sea bien llegada, dijo la reina de Inglaterra sin poder disimular la viva satisfaccion que esta noticia le causaba: yo señalo á mi querida prima para su residencia el palacio de Carlisle, y esta misma noche irán á darle la bienvenida en mi nombre.

En efecto; al dia siguiente, Lady Scrope, dama de la córte, fué á cumplimentar á la reina de Escocia en nombre de la de Inglaterra, en el palacio que le había dado por residencia; però aquella señora nada pudo decir á María acerca de si su soberana le concedía ó no la entrevista que había solicitado.

María esperaba, sin embargo, con impaciencia el momento de ver á Isabel; mas el dia que, cediendo á su ansiedad, iba á salir para Lóndres, llegó Milord Scrope, esposo de la dama que había ido á felicitarla, y pidió ser introducido sin demora en su presencia.

—¿Puedo ir con vos á la córte, Milord? preguntó la reina; ¿venís á buscarme?

—No, señora, contestó el caballero; vengo á decir, de parte de S. M. la reina Isabel, que no os puede recibir, con mucho pesar suyo, hasta que os sincereis de la terrible acusacion que pesa sobre vos.

María palideció; su clara penetracion compren-

dió bien pronto el lazo en que había caído; pero, procurando aparecer tranquila, respondió:

—Decid á mi augusta prima, Milord, que me hallo inocente del crimen que me imputan, y que por lo mismo me someto gustosa á su juicio.

La reina de Inglaterra sintió la alegría más viva que en su vida había experimentado al ver bajo su poder á la rival que tanto detestaba; sin pérdida de tiempo envió una orden á Murray intimándole que cesase de perseguir á los partidarios de María, y que enviase un representante á dar cuenta de su conducta; y aquel hombre, que no era otra cosa, como ya queda dicho, que el instrumento vil de la reina de Inglaterra, contestó que él mismo iría á someterse á la decision de Isabel.

XXX.

Hemos llegado ya á la época que bien puede llamarse de martirio en la vida de María Estuardo; aquella existencia, que llegó próximamente á los cincuenta años, puede dividirse en tres partes: la primera, que fué la que pasó en Francia los dieciocho primeros años de su vida, fué la más feliz; la segunda, hasta cerca de los treinta, fué la de sus faltas é imprudencias; los últimos veinte años los pasó en una dolorosa y continua cautividad, y ex-

pió todos sus yerros pasados, por grandes y repetidos que fuesen.

Cuando vió la decision de Isabel de someterla á juicio, la hizo pedir el permiso de pasar á Francia; pero la reina se lo negó; quiso, valida de su derecho, intentarlo por su libre voluntad, y le fué imposible; quiso fugarse, y halló cerrados todos los caminos.

—¡Sacadme de aquí! escribió entonces á Enrique III, hermano de su marido el rey Francisco; ¡dos de vuestros hermanos me han amado, y si Francisco ó Cárlos vivieran me protegerían! ¡Hermano mio, tened piedad de mí!

Mas el duro y egoista Enrique III no se parecía en nada á ninguno de los dos hermanos cuyo recuerdo invocaba María; Cárlos IX había ya bajado al sepulcro, aniquilado por un terrible sudor de sangre; y Enrique, que apenas se acordaba de la viuda de su hermano mayor, ni la amaba, ni siquiera recordaba sus facciones.

Contestóle friamente que no esperaba que se hiciera con ella ninguna violencia, ni que se atentase en su real persona el derecho de las gentes, y que creía que sus temores eran del todo infundados.

María vió claramente el motivo de aquella helada respuesta; el jóven rey, mal dipuesto por su madre, odiaba además á los Guisas, tios de la reina de Escocia y á la sazon desterrados de Fran-

cia; no obstante, se dijo que, si lograba entrar en el reino que había sido el suyo en otro tiempo, hallaría muchas simpatías, y hasta el mismo rey se inclinaria á protegerla.

—Por la primera vez de mi vida, dijo á Lord Douglas con una triste sonrisa, fiaría mi defensa á la belleza de que dicen soy deudora al cielo, y no perdonaré medio para sustraerme á unos procedimientos que rebajarían mi dignidad real.

No fué posible poner por obra sus designios de huida; vigilada por todas partes y á todas horas, vió comenzar las discusiones entre sus comisarios, los de Isabel y los del gobierno establecido en Escocia por Murray.

Un acusador terrible se presentaba; el conde de Lenox, padre de Enrique Darnley, pidió justicia contra la reina y Bothvel, y aquel anciano de blanca cabellera y rostro marchito por el dolor despertó la simpatías generales, y muy particularmente las de la reina Isabel, que se manifestó muy conmovida.

Murray era otro de los acusadores, y presentó como prueba algunas cartas que María acusó de falsas, pero que decidió el consejo privado de Isabel eran autógrafos de la reina de Escocia.

Los comisarios de María se negaron á contestar á todas la acusaciones, declarando que la reina consagrada no estaba sujeta á ningun tribunal, y las conferencias se dieron por terminadas.

Si aquel deplorable negocio hubiera seguido sus trámites regulares, María hubiera acaso salido triunfante y hubiera vuelto á su trono; pero la más negra perfidia trabajaba ocultamente; la reina de Inglaterra, en tanto que parecía rehusar el tratar con Murray como regente, le envió de nuevo á Escocia y á ponerse al frente del gobierno de aquella nacion, dándole 5.000 libras esterlinas para los gastos del viaje.

María, sin haber visto á la reina de Inglaterra, fué trasladada con una crecida escolta á Turbury, bajo la vigilancia del gobernador de la plaza.

Dos días hacia que se hallaba en aquel sombrío castillo cuando, un ruido inusitado en el gran patio adonde caían ambas ventanas de su aposento, la hizo comprender que alguna cosa extraña sucedía; los soldados corrían á las armas; María se acercó á la ventana, y llegaron á sus oídos estas palabras:

—¡S. M. está ahí!

El gobernador y algunos otros señores que se hallaban en la fortaleza se acercaron á la puerta, y una carroza, cercada de gran número de jinetes y de muchos soldados, avanzó despacio.

Abrióse la portezuela y María vió salir á una mujer alta, de fisonomía angulosa, y vestida con sencillez muy próxima á la severidad.

Todas las cabezas se inclinaron á su paso, y ella, altiva y desdeñosa, entró en el castillo y llegó

hasta la puerta de la habitación de María, que se abrió con estrépito.

Las dos reinas se veían por la primera vez de su vida, y la sorpresa de ambas fué igualmente grande; no obstante, Isabel supo disimular perfectamente la admiración que le causaba la sorprendente beldad de María, y ésta dejó conocer la anticipación que excitaba en ella el adusto semblante de Isabel.

Ambas ofrecían el más perfecto contraste; ya queda dicho que la reina de Inglaterra contaba nueve años más que la de Escocia; estaba próxima á cumplir los treinta y siete, y los cuidados de la ambición y de la política habían ajado sus mejillas y enflaquecido su semblante.

Era bastante más alta que María, aunque la estatura de ésta pasaba de mediana; su tez era blanca y rosada; sus ojos azules, que en los primeros años de su juventud tenían un dulce mirar y estaban llenos de risueñas promesas de amor, se habían vuelto duros y penetrantes; su nariz, muy larga, casi hacía sombra á la boca, que era grande y de labios delgados; una frente abovedada y más alta que ancha, quitaba toda la gracia á su cara y daba á su semblante rígido y helado una majestad que excluía toda expansión.

Isabel tenía el talle largo é inflexible, las manos también largas y delgadas ó más bien flacas; el pie ancho y huesudo; en fin, su cabello, de un castaño

claro y peinado hacia atrás, bajo una toca almidonada, dejaba á su cara en una desnudez casi monástica.

Su traje de seda oscuro no llevaba ningún bordado; una alta gola blanca rodeaba su cara severa y larga; un velo que iba prendido á su toca caía por su espalda sin gracia alguna.

María se hallaba vestida con un traje de raso verde acuchillado de blanco y con delantera blanca también; algunos arabescos de plata señalaban las costuras; su hermoso y abundante cabello rubio, peinado á la francesa, caía en numerosos rizos por su cuello, blanco como el alabastro; una toca de terciopelo verde, con punta en la frente, sujetaba los ensortijados grupos de sus cabellos y se hallaba prendida sobre la frente con una joya de un valor inestimable.

El rostro juvenil y encantador de la reina de Escocia lo parecía mucho más al lado del adusto y anguloso de Isabel; una expresión de infinita dulzura embellecía aún las facciones de María Estuardo; sus grandes ojos azules, coronados de pestañas larguísimas y oscuras y de cejas finas y arqueadas, su nariz griega, su pequeña boca de coral y perlas, todo presentaba el modelo de la perfección más esquisita.

Isabel echó una mirada sombría sobre aquel talle esbelto y lleno de gracia, sobre aquella mano delicada, sobre aquel pie enano, del que asomaba

la tercera parte por debajo del traje, y sintió en lo más profundo de su corazón una secreta amargura; ella también había sido bella en otro tiempo; ella también había sido amada; pero el objeto de su primer amor lo pospuso á su ambición; sabido es que el gallardo conde de Courtenay la abandonó para conquistar el afecto de su hermana María, heredera entonces de la corona de Inglaterra.

Ya el amor había llegado á ser imposible para aquella alma ardiente; ya le era imposible aspirar á él: habíase envuelto en el ropaje de la virtud y de la austeridad, y los graves cuidados del estado, la ambición que la devoraba y su ansia de exterminar á María, ocupaban su vida por completo.

La prisionera se inclinó con dignidad, y la reina de Inglaterra correspondió á su saludo de una manera fría y severa.

—Vengo á veros, mi querida prima, ya que no he podido recibirlos, como era mi mayor deseo, en mi palacio de Londres, dijo Isabel, sentándose en un alto sillón que María había mandado con una seña que acercasen para ella; son tan graves los cargos que pesan contra vos, que no me es dado probaros, como quisiera, mi afecto, hasta que no os sincereis de ellos, como ya os envié á decir á vuestro arribo á mis reinos.

—Yo os estimo mucho la visita, dijo María con una triste y dulce sonrisa; pero os hubiera agradecido más que no dudáseis de mi inocencia.

—Deseo más que vos, si esto es posible, verla brillar, dijo Isabel, que al ver la hermosa dentadura de la reina de Escocia sintió otro nuevo movimiento de colérica envidia; mas, á la verdad, veo lejos ese día, y algunas veces temo no verle lucir jamás.

María se estremeció.

—¡De suerte, exclamó, que estoy amenazada de estar aquí toda mi vida!

—Es posible: yo no os puedo dar la libertad.

—¡Dejadme pasar á Francia secretamente!

—¡Como! una huida; ¿no veis que así concedéis la razón á los que os acusan?

—¡Dadme, pues, un salvo conducto!

—¡Imposible! Estais acusada de asesinato, y no puedo sustraeros al juicio de dos naciones que tienen los ojos fijos en vos.

—¡Señora! Pensad en que estoy separada de mi hijo ¡en que anhelo verle con todo mi corazón!

—¡Justificaos!

—¿De qué? ya os he dicho que soy inocente.

—Probadlo.

—No puedo, ni debo; hay hostilidad contra mí; y además ¿permitiré que se me someta al juicio de mis vasallos? Eso jamás.

—Isabel pareció meditar durante algunos instantes y luego, dando á su ya madura deliberación la apariencia de un pensamiento súbito, exclamó:

—No hay más que un medio.

—¿Cuál es? ¡Oh, decidlo! ¡decidlo! exclamó María.

—Yo os prometo, dijo Isabel, que sepultaré en el más profundo olvido todos vuestros desaciertos con dos condiciones.

—¡Decidlas!

—Hé aquí cuales son: la primera, que cedais la corona á vuestro hijo, por un acto espontáneo de vuestra voluntad; la segunda, que dejeis la regencia de Escocia en manos de Murray durante la menor edad del príncipe.

—¡Basta, señora! exclamó María, levantándose indignada; ¡basta!

—¿Os negais á lo que os propongo?

—¡Me niego! ¿pensais que voy á confirmar, haciendo lo que me pedís, la acusacion de que soy víctima? ¡Jamás! Ahora conozco ya vuestra perfidia y lo que deseais de mí; pero os repito que me niego á ello.

—¡Pensadlo bien! murmuró Isabel con una cruel sonrisa; ¡y no olvidéis que os hallais en mi poder!

—¡Nada me importa!

—¿Os negais?

—Me niego; lo que invoco de vuestra justicia es lo que os prescriben todas las leyes divinas y humanas.

—¿Y qué es? preguntó la reina con una helada sonrisa, acerada como la hoja de un puñal.

—Que me presteis auxilio para recobrar mi trono ó me dejeis retirarme á Francia.

—Yo os niego tambien ambas cosas, respondió Isabel.

—¿No sabeis que negándoos hollais el derecho de gentes? exclamó María.

—Sólo sé que, en uso del mio, os retengo prisionera, dijo Isabel: mas, añadió, ya que vuestra peregrina belleza os ha hecho tantos apasionados, debéis contar con algunos que os sacarán de mi poder; así lo espero y no me descuidaré en vigilaros.

—¿En qué pensé yo cuando vine á ponerme bajo el poder de este monstruo de iniquidad? exclamó María en el paroxismo de su dolor.

—Tambien aquí hallareis quien os ame, dijo Isabel en tono burlon: puesto que el objeto de vuestra estéril vida ha sido el amor, no os desconsoléis, que tampoco aquí os faltará; enviaré para vuestra guardia á los más bellos capitanes de la mia; sobornadlos si podeis; pero os advierto que aquí no hallareis un confesor complaciente que os absuelva; no tendreis á vuestra disposicion más que un pastor protestante.

—¡Qué escucho! exclamó la infortunada María, á quien esta última amenaza causó más terror que todas las otras: ¿sereis capaz de privarme de los auxilios de la religion?

—Muy capaz, como vereis; yo soy protestante, como sabeis: por tanto, á mis ojos, la verdadera religion es la mia: adios señora; yo os deseo completa salud.